

## **Ailín Millaray, la Partera de Neruda**

*Con este cuento el autor Rubén Rojas, ganó el primer premio Región Metropolitana del concurso: "Historias de nuestra tierra 2020" organizado por el Ministerio de Agricultura.*

Ailín Millaray, püñeñelchefe o partera mapuche, avecindada desde su nacimiento en una comunidad mapuche limítrofe con la ciudad de Parral, recibió una noche mientras dormía, una revelación especial. Sucedió justo tres meses exactos antes de que lanzara su primera gritadera el futuro Premio Nobel, Pablo Neruda. En aquel descanso nocturno le comunicaban que la llegada del futuro poeta, se veía complicadísima. A la madrugada siguiente, se le anunció que una dama joven se atendería con una bruja de un pueblo cercano. Que ella le solicitaría encarecidamente que utilizara la magia negra, para interrumpir el eminente nacimiento y también, como no, que, junto a ello, falleciera su madre.

Cuando esos sueños premonitorios caían los días quince del mes, justo un viernes, y, además, aparecieran escritas en las paredes del granero las palabras fe y retiro, eso era muy grave. Ailín Millaray, entendía que debía prepararse espiritualmente más de lo acostumbrado, porque algo siniestro y provocador se encontraba a punto de ocurrir en Parral. En la práctica, significaba para Ailín Millaray, extremar fe y reanudar de forma diaria los ejercicios espirituales, en los queridos bosques de sus antepasados.

Cuando los primeros rayos del sol se dejaron caer anunciando un nuevo día, la partera bajó cuidadosamente de su cama, para no despertar a su marido que, en esos momentos roncaba fuertemente. Luego, se dirigió a la alacena de su cocina en busca

de una vieja libreta de anotaciones, que había heredado de su querida madre machi. La cogió con nerviosismo, revisándola frenéticamente como si en la práctica, estuviese poseída por otra persona. Su mirada se detuvo bruscamente en la página seis y párrafo tres, que revelaba lo siguiente:

“Goliat ha renacido. Peligro. La muerte sigue viva”.

En efecto, Elizabeth, una novia de juventud despechada por el padre del futuro poeta, al enterarse de que este iba a ser progenitor nuevamente, concurrió a solicitar los servicios de la bruja más temida del pueblo. Antes de que la hechicera osara preguntar Elizabeth, el motivo de su visita, ella, en extremo alterada y fuera de sí, le solicitó, la muerte de la madre y lógicamente del hijo que portaba.

- ¿Cuánto dinero vale ese trabajo? No tengo problemas en cancelarlo.

La trabajadora de la magia negra la observó detenidamente murmurando por lo bajo: este trabajo le va a costar un ojo de la cara, pero considerando la determinación de la nueva cliente en realizarlo, le dijo en voz alta:

- Deje todos los datos del infeliz y de su señora con mi asistente. Cuando finalice y dé cumplimiento a lo solicitado, su segunda casa va a ser completamente de mi propiedad. ¿Estamos de acuerdo señorita?
- Si, completamente de acuerdo; en ello me va la vida.

El mismo día del parto, Ailín Millaray cogió las mudas necesarias para el viaje, las hierbas que acostumbraba a utilizar en estos menesteres, más los respectivos aceites para masajear delicadamente el vientre de la parturienta. También, se dirigió en busca de su gallina favorita la kollonka, esa que ponía huevos azules, para dirigirse al domicilio de la futura madre.

No tenía la más mínima idea donde este quedaba, no era importante saberlo, llegaría igual. El día anterior había conocido que iba a ser varón, por revelación de voces. Lo anticipó porque lo vio manejando herramientas generalmente de uso masculino.

Por otro lado, la mujer encinta, fue avisada de la misma manera, que una persona bondadosa llegaría a auxiliarla. Apenas Ailín Millaray ingresó al domicilio, comenzó con los ritos de los masajes en el vientre con sus aceites probados en tantas ocasiones, para acomodar la bajada del bebé. En seguida procedió a colgar un recio cordel del techo, para que la parturienta se afirmara con todas sus fuerzas en el momento preciso del parto.

Paralelo a lo que estaba sucediendo en la casa del futuro poeta, el domicilio de la bruja fue cubierto por un pestilente olor a azufre. A pesar de todas sus rogativas e invocaciones a los espíritus del mal, ellos no escucharon en lo más mínimo, su desquiciada petición. Su iniciación en las artes de la magia negra quedó derrotada, como siempre, por las fuerzas de los justos.

Como de costumbre el ejercicio de la fe y los retiros espirituales diarios cumplieron a cabalidad su cometido. Cuando nació Pablo, la partera, de acuerdo con las costumbres de sus iguales, lo revisó por todos los lados, para comprobar que viniera sanito. Seguidamente, lo cubrió con un calentito cuero de oveja, como lo realizan siempre la gente de su raza. Proporcionó después a la madre las hierbas conocidas por ellas que se utilizan en estos casos. Posteriormente, dispuso cuidadosamente la placenta en un paño cubierto con ajenjo para proceder a enterrarlo bajo un árbol nativo. Lo realizaba para proteger a los infantes, del mal de ojo, amén de otras calamidades que anidan en los cerebros de algunos seres humanos desquiciados.

Apenas llegó la noticia a los oídos de Elizabeth, que la hechicera no cumplió con lo pactado, ardió en colera y locura. Se dirigió inmediatamente al domicilio de la mujer de las malas artes, para empapar con parafina los cuatro costados de la casa y luego

incendiarla. Muchos de los que la trataron posteriormente señalaron que, desde esa maldita jornada, nunca más descubrió dientes y menos entablo conversación con alguien.

Como toda püñeñelchefe sabia, conocía al revés y al derecho, el arte de leer la placenta. Descubrió en ella, que el recién nacido venía para enamorarnos por medio de sus escritos, y que algún día no muy lejano, nos traería para alegría de todos, otro Premio Nobel.

Ailín Millaray recién ahí entendió el porqué de la tenaz oposición de la joven para que se concretara este nacimiento. Corrió a informarle a la dichosa madre lo que había leído en la placenta. Esta se alegró tanto que, alzando sus manos, dio gracias, por el gran hijo que se le había otorgado a su cuidado, y que ahora reposaba tranquilamente en sus alicaídos brazos.

La partera por única vez realizó una acción inusual en ella. Besó siete veces la frente del niño y le susurró suavemente en el oído derecho: “traerás mucho amor y encantamiento al mundo”. Estaba segura de que el bebé la escuchaba atentamente.

Por último, como ofrenda al triunfo de la vida sobre la muerte, recubrió de pétalos blancos el dormitorio de la dichosa madre. Antes de despedirse, le obsequió a ella, el bien máspreciado que portaba en esos momentos: su gallina rollona favorita, la de los huevos azules, para que un tiempcito más tarde alimentara al niño con esos nutritivos huevos de color.

Ailín Millaray, tatareando su canción de gracias favorita se despidió desde la puerta de ella y del niño, con su amplia sonrisa de copihues y digüeñes.